

## Aguas de historia

### *Un territorio acuoso. Geografías maríneas y el Gran Caribe transimperial de la Nueva Granada*

ERNESTO BASSI

Universidad del Norte, Banco de la República, Bogotá, 2021, 383 pp.

“SIN DOMICILIO fijo, por ser de oficio marino” (p. 112). Con estas palabras un tripulante de la goleta Altagracia resumía, frente a las autoridades españolas que lo interrogaban, la condición menos excusable de los hombres de mar: la falta de una residencia en la tierra. Corría el año 1815, y a este marino de rango ordinario, oriundo de las costas venezolanas, le levantaban testimonio en el puerto colonial de Portobelo para determinar si también él, como los corsarios hallados en su embarcación, era responsable de los cargos de navegar “sin patente de soberano o nación conocida” (p. 100). Finalmente absuelto, sin restricciones para marear nuevas derrotas, de esta historia de Francisco Díaz, semejante a la de muchos marineros del Caribe ilustrado y decimonónico, interesa esa respuesta, presumiblemente la primera del oficio judicial, sobre la imposibilidad de reducir a coordenadas terrestres un lugar fijo de residencia.

Demasiado habituados a las categorías de fijeza y permanencia asociadas a nuestro origen terrígeno, fácilmente le sustraemos al mar su condición de lugar; le concedemos cuando mucho un estatus de sitio de tránsito y llegamos tan lejos en nuestra presunción de preponderancia terrestre que no tenemos empacho al momento de negarle incluso su condición de espacio real. Es lo que el historiador especialista en historia marítima Marcus Rediker dice cuando afirma que existe “una suposición no examinada de que solo los espacios terrestres de la superficie del planeta son reales” (p. 113). A lo largo de una investigación muy bien documentada y con un enjundioso anclaje teórico, Ernesto Bassi problematizará esta “suposición no examinada” para demostrar que el mar no solo es una geografía, sino que es una donde acontece la historia.

Para sostener lo anterior, Bassi subvierte el paradigma usual de nuestras

concepciones geográficas. Propone, en lugar de una geografía estática a la cual nos vemos abocados sin más, presos de una fatalidad sin término, una abierta a las configuraciones humanas. “Parafraseando a Marx —señala Bassi—, es posible afirmar que así como ‘los hombres hacen su propia historia’, la gente hace su propia geografía” (p. 18). Este enfoque historiográfico es particularmente productivo en una región como el Gran Caribe transimperial —sigo la propuesta denominativa de Bassi—, cuyas fronteras difusas, acusadas, frágiles ante la reciedumbre de temporales y borrascas, se resisten a un análisis circunscrito a los pretendidos procesos orgánicos de los Estados nación. Aunque el punto de partida de Bassi es la Nueva Granada tardocolonial y la Colombia de inicios de la República, el objeto de estudio es muchísimo más amplio y abarca el archipiélago antillano, la costa centroamericana, los puertos venezolanos y los fondeaderos atlánticos de los Estados Unidos.

No por nada, de antiguo, el Caribe fue una región cosmopolita. Fue español, inglés, holandés, danés, además de africano —“cocolí, bran, bifada, zape, kimbanda y más”— e indígena —“wayuu, cuna, miskito, caribe, creek (o muscogui) y más” (p. 15)—. Los idiomas se entrecruzaban unos con otros, los barcos eran condados de blasfemias multilingües y desde los puertos se levaban anclas en una lengua, para desembarcar desenvolviéndose en otra. Surgieron las lenguas criollas, esas prodigiosas muestras de recursividad lingüística, como el creole sanandresano y el papiamentu de las colonias neerlandesas, que descastaban el habla de los amos para refundirlo en un idioma inédito de resquicios en los que resonaban las lenguas dejadas allende los mares por los esclavos.

Suele soslayarse que el cosmopolitismo muchas veces arrastra consigo un lastre de violencia inevitable. Trae a sus espaldas la infamia multiseccular de la esclavitud y amantilla a cada paso la culata de las armas. Estas formas de dominación y sometimiento, juzgadas en ciertas tradiciones historiográficas parcela exclusiva de los europeos blancos, fueron también ejercidas por algunos pueblos originarios del Gran Caribe transimperial, como lo demuestra

Bassi en lo que es, sin duda, uno de los apartes mejor logrados del libro, el destinado a estudiar las realidades de los indios marítimos a finales del siglo XVIII y principios del XIX, particularmente de los cunas, miskitos y wayuus.

Frente a la imagen abarata y pintoresca del indio salvaje e incomunicado presentada al mundo, pero sin decantarse tampoco por la falsía histórica de la idealización condescendiente, Bassi opone, con apego a la evidencia documental, una constelación de relaciones complejas, dinámicas y difícilmente encajables en los esquemas limitantes de los presupuestos definidos a priori. Los wayuus, por ejemplo, supieron apropiarse de los enseres tecnológicos de los europeos para desafiar en pie de guerra el poderío español; tampoco desdijeron el lucro del comercio esclavista, sirviendo de intermediarios de venta entre las regiones costeras y el interior del virreinato. Los cunas, por su parte, cuando aprendían una lengua de blancos solía ser el inglés, pues les reportaba mayores beneficios comerciales al momento de abordar los bergantines de la ruta jamaicana, y los miskitos, calcando la parafernalia dinástica y monárquica de las cortes de Europa, fundaron un reino de fueros hereditarios, una sucesión de reyezuelos amparada bajo la figura de un protectorado británico.

Entretanto se comerciaba, porque, a pesar de lo dicho hasta ahora, la verdadera y única lengua del Caribe era el comercio. Nada lo impidió nunca: ni la ley, que en el mar es un simple eco de papeles desleídos en tinta mustia; ni las guerras entre las naciones de Europa, trasladadas como las fichas de un tablero a las aguas caribeñas; ni las endurecidas restricciones comerciales en salvaguarda de los intereses imperiales. Y aun cuando hubo períodos de mengua y desaceleración, las rutas de los navíos nunca cesaron de estar en funcionamiento, arriando y enarbolando banderas a conveniencia, y a partir de 1780, cuando las disposiciones borbónicas liberalizaron el comercio de las colonias de ultramar, el Caribe conoció un auge comercial sin precedentes. Bassi estudia con mucho detalle el itinerario de estas embarcaciones, la composición demográfica de sus tripulantes, la carga llevada en cada trayecto —o cuando

iban en lastre— y la importancia de cada puerto según el volumen de su tráfico mercantil.

Kingston, entre los siglos XVIII y XIX, ostentó la primacía comercial en el Gran Caribe transimperial. Fue allí, en esa rica ciudad portuaria, donde desembarcó un Bolívar desencantado y sin fuerzas, en 1815. En vano, sondeó la inclinación política de los jamaquinos, pero se topó con que estos preferían conservar la neutralidad antes que involucrarse en las guerras de Independencia. Escribió en Kingston, con ese tono melancólicamente optimista de sus mejores composiciones en prosa, la célebre “Carta de Jamaica”, una misiva cuyo propósito, recabar apoyo británico para la causa americana, resultó frustráneo. Y solo cuando se trasladó a Haití, para entrevistarse con el presidente Pétion, logró conseguir los recursos y pertrechos necesarios para continuar guerreando, un espaldarazo decisivo en el curso posterior de la historia, como bien lo recuerda Bassi en la parte de libro que dedica a desentrañar la relación de Bolívar con el Caribe.

Además del conocido periplo caribeño del Libertador, Bassi indaga en una faceta menos explorada de la tradición historiográfica bolivariana: las ideas de Bolívar alrededor de fundar una capital en el Caribe, en alguna parte entre Maracaibo y la península de La Guajira. La ideación anterior data de 1815, pero incluso en 1827, ya a muy pocos años de morir, antes de convertirse en el espectro tábido y febricitante que bajó por el Magdalena en procura de la muerte, según testimonio de un ministro plenipotenciario inglés Bolívar le habría comunicado a este la intención de convertir a Cartagena en capital de Colombia. Bassi, desde luego, es cauto, y deja saber que, aparte de la versión del enviado diplomático, no hay otras fuentes que permitan corroborar esto.

Pero más interesante aún es que Bassi nos ofrece a un Bolívar en la plenitud de su contradicción, porque así como se figuraba repúblicas caribocéntricas y se deshacía en palabras hiperbólicas ponderando el Caribe (“esta patria es caribe y no boba”, p. 256), incubaba en sus adentros una profunda aprensión por los pardos, y le preocupaba la posibilidad de que estas gentes de color trastornaran el orden

de la naciente república con miras a establecer algún tipo de *pardocracia*. En esta forma de racismo lo acompañaban muchos de los próceres y de lo que Bassi llama en la última parte del libro los “políticos-geógrafos” del siglo XIX, prohombres encargados de levantar los primeros mapas republicanos, en cuyas representaciones el territorio caribe era referido como un simple punto confinante con el mar y raras veces llamado por su nombre, pues la voz “Caribe” aún guardaba visos amenazantes en el imaginario de estos hombres decimonónicos.

Con este libro, Bassi ha conseguido revelarnos parte de ese proceso de *creación e invención* de la región geográfica caribe, de ese territorio acuoso que no existe solo como un espacio neutro ni como un intervalo desprovisto de signos, sino que es lugar, historia y significado. Porque, de nuevo, como lo repite Bassi con insistencia, la geografía es tanto una realidad empírica como una construcción humana.

**Jerónimo Uribe Correa**